

SEÑAL MEMORIA

23 de marzo de 1981

Presidente de la República

Julio César Turbay Ayala

«La seguridad nacional y las relaciones con la república socialista de Cuba».

Alocución radiotelevisada.

Colombianos:

No abrigo, como seguramente ustedes tampoco, ninguna duda acerca de que, a lo largo del accidentado recorrido republicano de nuestro país, jamás la subversión se había comprometido con tanta saña y persistencia en el criminal propósito de hacerse al control del aparato del Estado, como lo ha venido intentando durante la administración que presido.

Venturosamente, el gobierno y las fuerzas armadas de la república, conscientes de sus deberes constitucionales, no han vacilado en aplicar con decisión y firmeza, dentro del mayor respeto al orden jurídico, las medidas aconsejables para salvaguardar las instituciones democráticas y evitar el quebrantamiento de la paz pública.

Esos objetivos se han logrado, en gran parte, pero resultaría ingenuo suponer que los recientes éxitos alcanzados por las fuerzas armadas en las operaciones del sur, contra la peligrosa estrategia urdida por el M-19, significan el total aniquilamiento de la subversión.

Es cierto que ésta sufrió un muy duro golpe, pero también lo es que por fuera del control de las autoridades todavía actúan los restos de esa sediciosa organización y otros movimientos que con crueldad y sevicia ejecutan sus planes en diversos sitios de la geografía colombiana.

La paz, obligación común

No deseo de ninguna manera despreocupar al país sobre los evidentes peligros que lo circundan. Tampoco es mi propósito alarmarlo innecesariamente, pues la situación, aunque ofrece riesgos es susceptible de mejorar en la medida en que la opinión nacional entienda

que la defensa del patrimonio republicano, con todos sus valores sociales, morales, culturales y políticos, no es empresa exclusiva del gobierno y de las fuerzas armadas, sino sagrada obligación de todos los colombianos que de veras amen la patria. Los órganos del Estado, los partidos políticos, los gremios, los profesionales y estudiantes, las mujeres, los campesinos y los obreros, los artistas, los comerciantes, los industriales, los empresarios agrícolas, los medios de comunicación, las juntas de acción comunal, los empleados públicos, el clero y en general todos los asociados, tienen un lugar para robustecer la legión de voluntarios de la paz, cuyo empeño no puede concebirse como un simple beneficio para el gobierno, sino como el máspreciado bien de que puede disfrutar la nación.

Como jefe del Estado y a manera de decisiva contribución a la paz pública, invito a mis compatriotas a que renuncien al egoísmo corrosivo, que todos cedan en la esfera de sus actividades para que no le agreguen al fardo de dificultades originarias de la subversión, las provenientes de las pugnas gremiales o los desbordamientos de algunos reclamos laborales.

Estamos en un momento en el que deben privar el patriotismo y la voluntad resuelta de aclimatar la paz, como dijera en memorable ocasión Darío Echandía.

Colaboración con el Estado

No se les pide a los ciudadanos que se organicen en milicias, no se les demanda la contribución de su vida, ni de su hacienda, simplemente se les sugiere que le bajen el tono a sus disputas, que sean justos en sus demandas, que cooperen con sus informaciones a las autoridades, que piensen que un eventual triunfo de las fuerzas de la subversión representa inequívocamente

la eliminación de todo cuanto los colombianos hemos construido en 160 años de vida independiente.

Sería el régimen del terror, el imperio de la barbarie, la fratricida lucha clasista, la abolición de las libertades y el desbarajuste administrativo. Ningún mal mayor podría sobrevenirle a Colombia que el triunfo de unas fuerzas anárquicas, frías ante el crimen y sumisas a la orientación foránea del país que las armó.

No a la cobarde tolerancia

Los colombianos, con nuestras virtudes y defectos, constituimos una admirable comunidad en la que la bondad es la característica distintiva de la nación. Las personas con pérfidos propósitos y alma envenenada son ciertamente una bien pequeña minoría. De ningún modo podemos permitir que, por temor de señalar a los subversivos, o por la cobarde tolerancia de quienes equivocadamente creen conquistar la protección de los bandidos, se les abra paso a los violentos.

Cualquier información es valiosa en la lucha en que estamos comprometidos. A este respecto quiero agradecer, como presidente de la república, las muy útiles informaciones que los honestos campesinos del Chocó y de Nariño suministraron a las fuerzas armadas para la localización, persecución y captura de los subversivos, quienes, hasta donde se sabe, mostraron menor decisión para el combate con el ejército, que la que suelen utilizar para los actos terroristas y los ataques por sorpresa contra policías o campesinos indefensos.

Tenemos que ser dignos colombianos de nuestro tiempo y aceptar el reto que nos hacen, no los opositores del gobierno, sino los del sistema democrático y republicano. Es preciso entender que esta es una lucha entre la patria y la anti-patria.

Tengo inmensa fe en todos los estamentos sociales del país y confío en que cada uno de ellos prestará su concurso, será solidario en la batalla por Colombia y no transará con el delito.

Los partidos políticos

Los partidos políticos sobre los cuales se sustenta el gobierno, obviamente están llamados a desempeñar una gran tarea en esta hora crucial de la república. Yo no busco solamente su solidaridad que sé que la tengo sin reservas para la defensa de las instituciones democráticas, sino que aspiro a que las cámaras en la legislatura ordinaria, por la importancia de su tarea legislativa, fortalezcan la fe del pueblo en la capacidad realizadora de los mecanismos representativos.

Los órganos del poder público, trabajando de consuno para los fines sociales del Estado, como lo esta-

blece la Constitución Nacional, están en capacidad de afianzar las instituciones, de impulsar el cambio y de asegurar el desarrollo con justicia social

Creo con honda convicción en que los partidos políticos como vehículos insustituibles del sistema democrático pueden ofrecerle al país soluciones apropiadas a sus necesidades y conformes a sus tradiciones jurídicas.

El gran reto

Los partidos, el liberal y el conservador, tienen frente a sí un gran reto. Venturosamente ambos representan alternativas democráticas y ambos tendrán que confiar a sus mejores hombres su personería política para que puedan abanderar victoriosos la batalla del orden contra la anarquía y de la dignidad contra el delito.

Creo que contribuye a arrojar luz sobre el porvenir democrático de la república el que ambas colectividades hayan alcanzado acuerdos sobre el procedimiento para el escogimiento de sus candidatos oficiales. Debo saludar con entusiasmo, como jefe del Estado, dicho hecho, pues él le permitirá a la opinión familiarizarse con los nombres de aquellos entre quienes se elegirá a mi sucesor.

Oportunidad de las candidaturas

Estando los partidos como están de acuerdo en el procedimiento de la candidatura oficial de su respectiva colectividad, creo conveniente que los colombianos comiencen a señalar el candidato de sus simpatías. Contra la subversión no se puede batallar manteniendo frenados a los partidos y ocultos a los candidatos, sino sacándolos a la clara luz del cielo, para que la nación los oiga, examine sus programas, observe su conducta, y finalmente exalte a la presidencia a quien encuentre digno de asumir esta abrumadora responsabilidad.

La neutralidad del gobierno

Obviamente no ignoro que la paz pública está esencialmente vinculada a la imparcialidad oficial. El gobierno no tiene, no puede tener candidato. La neutralidad tiene que ser la norma y el distintivo de todos los servidores del Estado, desde el más modesto portero hasta el propio presidente de la república. Quienes no compartan este criterio definitivamente no podrán formar parte del gobierno.

Trágico historial de la subversión

Cuando me hice cargo de la presidencia de la república todavía estaba humedecida la tierra colombiana con la sangre humilde e inocente de un prestigioso líder obrero, José Raquel Mercado. Un movimiento que se iden-

tificó como el M-19, reclamó la autoría del crimen que obviamente estaba llamado a crear un abismo entre la clase obrera y sus verdugos. El mismo día de mi posesión encontré sobre mi escritorio un boletín en el que dicho movimiento, antes de comenzar mi gobierno, se colocaba irrazonablemente en pie de batalla contra la nueva administración.

Un mes después, cobardemente fue asesinado en su hogar el ex Ministro Rafael Pardo Buelvas, ciudadano de eximias virtudes. Se supo que los criminales quisieron incorporar ese día nuevas víctimas que providencialmente escaparon a tan siniestros propósitos. Pocos meses después se produjo el audaz robo de más de 5.000 armas de guerra del Cantón Norte de Usaquén. Se construyeron caletas y cárceles del pueblo, se secuestraron y asesinaron prestantes hombres de empresa, se asaltaron bancos, se estableció la industria del secuestro, todo esto a nombre de las supuestas reivindicaciones del pueblo colombiano, que, como se sabe, ninguna de sus conquistas se la debe al crimen.

Se continuó la cadena de secuestros, asaltos terroristas, emboscadas, asesinatos de celadores y de policías, para luego asaltar la sede de la Embajada Dominicana y poner en grave peligro la vida de varios diplomáticos y de numerosos particulares.

Suspensión de relaciones

Colombia, que sostiene relaciones con todos los países socialistas, con muchos de los cuales tiene tratados de gran significación, se ve obligada, por razones que no tienen nada que ver con la ideología del gobierno cubano sino con su proceder hostil, a suspender desde la fecha sus relaciones con el gobierno del presidente Castro por razones sólo imputables a dicho país. Los diplomáticos colombianos han sido llamados a Bogotá y a los cubanos se les ha dado un prudente plazo para regresar a su país.

Nos hemos visto involucrados en una ofensiva que parecía haber escogido sus víctimas en Centroamérica y el Caribe. Sin embargo, hoy vemos con explicable desagrado y preocupación que la órbita geográfica se ha ampliado sin que estemos en capacidad de señalar sus límites, pero en el entendimiento de que lo ocurrido en Colombia debe alertar a nuestros vecinos.

Colaboración e intervención cubana

El gobierno trató aquel grave problema con energía y prudencia que hicieron posible la terminación del drama. Los captores viajaron a La Habana, sitio ofrecido por el presidente Castro para darles asilo a los asaltantes de la Embajada. Cualesquiera que hayan sido los posteriores desarrollos de dicho asilo, la verdad es que en su momento Cuba nos prestó un servicio que nosotros oportunamente le agradecemos.

Más tarde Cuba dio asilo a las aeropiratas que quisieron interferir las ceremonias de Santa Marta, en las cuales nueve presidentes rindieron homenaje a la memoria del libertador. La Cancillería solicitó, de acuerdo con los tratados vigentes con Cuba, la extradición de las aeropiratas y no ha logrado su objetivo. La respuesta ha sido imprecisa y evasiva.

Ahora con ocasión del asalto a la población de Tadó, con la captura de un peligroso cargamento de armas, así como con la aprehensión de varios de los integrantes del M-19 que penetraron por los ríos Baudó y Mira se ha sabido por confesión de parte que los guerrilleros fueron entrenados en Cuba y que las armas capturadas provienen del mismo país, lo que constituye un gesto más que inamistoso contra Colombia, uno de los Estados que en la administración de mi antecesor, dio dentro de los mecanismos del sistema interamericano, una recia batalla para lograr que se levantaran las sanciones impuestas por la OEA Y los países americanos que lo desearan pudieran reanudar sus relaciones con el gobierno de La Habana.

Debo declarar que la experiencia colombiana nos indica que deplorablemente Cuba ha vuelto a reincidir en la violación de sus obligaciones internacionales y persiste en intervenir en los asuntos internos de nuestro país, tal como lo acreditan los hechos descritos.

Lealtad de Ecuador

Contrasta la actitud intervencionista del Gobierno de La Habana con la fraternal actitud del gobierno de Ecuador, que, haciéndole honor a una recíproca y tradicional amistad, se negó a darle el amparo de su limpia bandera al grupo de terroristas que será juzgado con todas las garantías procesales por la justicia colombiana.

Las fuerzas armadas

Debo igualmente reiterar mi orgullo de comandante constitucional de las fuerzas armadas de Colombia por el admirable desempeño de éstas, que no es nuevo, sino que tiene hondas raíces en la historia. En medio de la incompreensión de no pocos, de los alevos atentados terroristas, de las limitaciones que encuentran para su función pacificadora, han cumplido una tarea que en el sobrio lenguaje militar se identifica con el cumplimiento del deber. A ellas les digo que han ganado nuevos títulos a la gratitud nacional.

La amnistía

Como quiera que Colombia es una democracia, el gobierno que presido consideró que era preciso buscar procedimientos políticos para alcanzar la reconciliación de la familia colombiana. El ejecutivo distingue

entre quienes han hecho del secuestro una profesión lucrativa que pretenden dignificar con pretextos políticos y los ilusos jóvenes colombianos que movidos por un engañoso idealismo han caído en las garras de los empresarios de la revolución.

El gobierno presentó a la consideración del Congreso un proyecto de ley sobre amnistía inspirado en los más nobles propósitos. Con dicha ley se persigue ofrecer oportunidades de rehabilitación ciudadana a los miembros de los diferentes grupos subversivos que no hayan incurrido en delitos atroces.

No obedece la ley a una mezquina estrategia sino a la convicción de que pueden salvarse para la democracia a los sediciosos que prefieran entregar las armas y deseen expresar su inconformidad en las tribunas públicas.

Si los amnistiados quieren luchar por la conquista del poder, bien pueden hacerlo disputándoles a los viejos partidos el favor de la opinión. El gobierno está obligado a rodearlos de garantías en el ejercicio de sus derechos ciudadanos. En cambio, las autoridades no pueden amparar la subversión. Su obligación constitucional es la de reprimirla.

Hoy he sancionado la ley de amnistía en cuya bondad creo, así algunos de sus presuntos favorecidos le hayan dado respuesta a nuestra actitud democrática, sacrificando una vida inocente como la del señor Biterman, o pretendiendo la captura del poder con unos mal adiestrados guerrilleros que no saben a ciencia cierta si luchan por Cuba o por Colombia.

Las avenidas del entendimiento quedan abiertas, la ley se repartirá profusamente para conocimiento de los interesados y espero que la estudien con el mismo ánimo desprevenido con que el gobierno la propuso y el Congreso la aprobó.

Es el momento en que los alzados en armas emulen con el resto de los ciudadanos en el servicio de Colombia y se acojan a una ley que quedará como el mejor testimonio de la voluntad de concordia de un gobierno que rechaza el autoritarismo y condena los métodos de la violencia.

Hombres y mujeres de la guerrilla:

Les reitero la invitación a acogerse a la amnistía. El gobierno y las fuerzas armadas quieren propiciar la concordia y evitar el derramamiento de sangre de colombianos. Proclamamos la paz y declaramos que no es la debilidad sino la fortaleza la que nos permite ser serenos y humanitarios.

Ha sido nuestro deseo levantar el estado de sitio, pero si la actitud de rechazo a la amnistía continuare siendo la línea de conducta de la subversión, obviamente el gobierno deberá hacerle frente a ésta utilizando los más severos medios que la Constitución Nacional pone a su alcance. Dentro del marco jurídico defenderemos la honra, vida y bienes de los asociados y no permitiremos que en nuestras manos se disuelvan las instituciones democráticas, ni se quebrante la paz.

Buenas noches.

